

---

# EL GRUPO DE DISCUSION COMO SITUACION SOCIAL\*

Enrique Martín Criado  
Universidad de Granada

---

## RESUMEN

Se propone una fundamentación metodológica del grupo de discusión que sustituya el enfoque psicoanalítico —que supone una esencia intemporal de «grupo»— por un enfoque que contempla la producción de discurso como un acto que pone en relación agentes dotados de unos esquemas de producción de sentido —adquiridos en su trayectoria social e incorporados mediante familiarización inconsciente— con una serie de «situaciones sociales» que introducen una serie de reglas y constricciones sobre lo decible. El manejo de esta técnica tendrá que tener en cuenta, así, la estructuración del «orden público interaccional» del medio social en que se pretende investigar.

Se va a proponer aquí una fundamentación metodológica del grupo de discusión que sustituya, como punto de partida del enfoque, la noción de grupo por la de situación social.

La fundamentación metodológica del grupo de discusión propuesta por Jesús Ibáñez en *Más allá de la sociología* toma como base, para explicar el funcionamiento y el manejo del grupo de discusión, la teoría de grupos tal como ha sido elaborada por ciertas corrientes del psicoanálisis. Lo que pretendemos demostrar es que estas teorías han sido elaboradas en un tipo de situación

---

\* Este artículo es una reelaboración de una comunicación presentada en el *IV Congreso Nacional de Sociología*, en Madrid, septiembre de 1992.

social muy específico y muy distinto al del grupo de discusión, y, a partir de aquí, proponer un enfoque que «sociologice» la fundamentación de la técnica. En esta sociologización partiremos de dos marcos teóricos: por un lado, las aportaciones teóricas de la etnometodología y la sociolingüística estadounidenses —con especial énfasis en la obra de Erving Goffman—; por otro, la obra de Pierre Bourdieu, centrándonos en su concepto de «mercado de la interacción».

El presupuesto de partida es elemental y ha sido señalado numerosas veces por Jesús Ibáñez: los datos de la investigación son producidos. Y la mayoría de los datos con que opera el sociólogo son lingüísticos. Es lo que ocurre con el grupo de discusión. Por ello, es necesario plantearse cómo funciona ese proceso de interacción dentro del cual se producirán los discursos que serán el material de análisis del sociólogo.

A continuación, comenzaremos por hacer una breve exposición de algunos de los conceptos de las obras de Goffman y Bourdieu que vamos a aplicar al grupo de discusión.

## 1. ERVING GOFFMAN: EL ORDEN DE LA INTERACCION

La obra de Goffman es de sobra conocida. Es a menudo clasificada de microsociología, pero en ella podemos encontrar elementos que nos permiten relacionar lo que algunos llaman la macro y la microsociología. Aunque sus tesis y los conceptos que utiliza han evolucionado a lo largo de sus obras (Ogien, 1989), podemos ver un claro hilo conductor en toda su producción: la búsqueda del orden social en el orden de la interacción. Su tesis central<sup>1</sup>: cada vez que entramos en contacto con otras personas, tenemos que realizar un trabajo de mantenimiento de la normalidad o de salvar la cara; de esta manera nos cualificamos como individuos aceptables ante los demás —condición indispensable para poder obtener cosas de ellos—. En este mantenimiento de la normalidad, nos encontramos ante situaciones sociales que ya están normativamente estructuradas. Convertirnos en miembros de una sociedad —lo que se denomina «socialización»— es un proceso que incluye, entre otras cosas, la adquisición de una competencia comunicativa y expresiva; la adquisición del sentido de las diferentes situaciones sociales que conforman la «economía comunicativa» (Hymes, 1972) de una sociedad: su orden de constricciones y libertades, el margen de maniobra que dejan, las estrategias interactivas más adecuadas a cada una de ellas... Los discursos, por tanto, no son simples

---

<sup>1</sup> El autor, que no es especialista en la obra de Goffman, propone aquí una lectura muy particular de su obra. No pretende que sea la verdadera. Por el contrario, lo que le interesa no es tanto la fidelidad a un presunto texto originario como la utilización —salvaje, si se quiere— de sus ideas y de sus conceptos para el análisis que propone.

expresiones de lo que ocurre en el interior de los individuos, sino «jugadas» (*moves*) en el juego de la interacción: prácticas para obtener recursos, para negociar el sentido de la interacción y el valor social de las personas implicadas y de uno mismo.

Detengámonos a continuación sobre algunos de estos conceptos.

### 1.1. *Situación social*

Aunque éste es un concepto que no queda bien definido en la obra de Goffman<sup>2</sup>, y que sufre numerosas variaciones —en *Frame Analysis* incluye lo que llamaba situación social dentro de lo que llamará ahora marco, término mucho más amplio, porque incluye no sólo las situaciones con sus definiciones y sus normas, sino también la estructuración cognitiva—, nos parece el más adecuado, aunque nos atendremos a la definición que de él dan Blom y Gumperz.

Blom y Gumperz (1986) distinguen entre lugar social (*social setting*), situación social y acontecimiento social: «Utilizaremos el término *setting* para indicar la manera en que los nativos clasifican su entorno ecológico en lugares distintos» (p. 422). Hay una división simbólica del espacio que introduce un orden de constricciones sobre lo que se puede hacer en cada sitio. «Una especificación más cercana de las constricciones sociales es posible si nos concentramos en actividades realizadas por particulares constelaciones de personas, reunidas en sitios particulares durante un período particular de tiempo. Utilizaremos el término situa-

---

<sup>2</sup> Goffman (1963) distingue entre «reunión» (*gathering*), situación y ocasión social. Pero la definición que da presenta muchos problemas:

«Usaré el término *reunión* para referirme a cualquier conjunto de dos o más individuos que incluye como miembros a aquellos y sólo aquellos que están en el momento en mutua presencia inmediata. Por el término *situación* me referiré a todo el entorno espacial dentro del cual una persona que entre se convierta en un miembro de la reunión presente» (p. 18).

«Cuando las personas entran en mutua presencia inmediata tienden a hacerlo como participantes de lo que llamaré una ocasión social. Este es un asunto social más amplio (...) limitado en relación a espacio y tiempo y típicamente facilitado por un equipo fijo; una ocasión social provee el contexto social estructurante en el que muchas situaciones y sus reuniones se pueden formar, disolver y volver a formar, mientras que un patrón de conducta tiende a reconocerse como el apropiado» (*ibid.*).

La diferencia entre una reunión y una situación es que ésta incluye el espacio. Y la diferencia entre una situación y una ocasión es que ésta la que impone un patrón de conducta. Parecería que el único propósito de estas distinciones es poder dar cuenta del hecho de que en muchas «ocasiones sociales» se forman subgrupos. Su distinción tiene el problema adicional de que no concuerda con su utilización de otros conceptos: habla de propiedades e impropiiedades situacionales, mientras que, en la definición, los patrones de conducta se hallan a nivel de las ocasiones, no de las situaciones.

ción social *para referirnos a éstas. Las situaciones sociales forman el trasfondo para la realización de un abanico limitado de relaciones sociales dentro del marco de específicos conjuntos de status, por ejemplo, sistema de distribuciones complementarias de derechos y deberes*» (p. 423). El acontecimiento social se referiría a una definición social determinada dentro de la situación social: *«Los acontecimientos se centran en torno a uno o como mucho un conjunto limitado de temas y se distinguen por su secuencia estructural. Están marcados por rutinas de apertura y cierre estereotipadas y, por tanto, reconocibles»* (ibid).

Los términos de *social setting*, situación y acontecimiento nos dan una jerarquía de constricciones en el orden de la interacción. Estos conceptos ponen de relieve que hay un orden público comunicacional; sitio, situación y acontecimiento imponen un orden de regulaciones sobre la interacción: una selección del tipo y número de participantes que pueden intervenir en una interacción; una selección sobre el tipo de temas de que se puede hablar (una estructura de lo decible); un margen para el cambio de tema; una selección sobre el tipo de actuaciones (verbales y no verbales) permitidas —movimientos corporales, posición, tono de voz...—; un margen para la divergencia de opiniones; un determinado grado de implicación en la situación...

En la medida en que una persona pertenece a un grupo social, adquiere el sentido de su economía comunicativa: de los tipos de sitios, situaciones y acontecimientos sociales que en cada uno se dan y del tipo de conducta que hay que presentar en cada uno de ellos. A través de las redes sociales por las que se mueve, el individuo adquiere una competencia comunicativa: un aprendizaje práctico de las situaciones sociales y de los rituales de interacción y estructura de constricciones propios de cada una<sup>3</sup>. Pertenecer a un grupo implica, en este sentido, compartir con el resto de miembros del grupo una competencia comunicativa. Y viceversa: se demuestra la pertenencia al grupo mediante la competencia comunicativa<sup>4</sup>.

<sup>3</sup> *«Si se hace el mapa del rango total de los contactos de un individuo con otros a través del tiempo y los agrupa en términos de los lazos sociales que reflejan, estos contactos forman un modelo en el que algunos tipos de encuentros se llevan a cabo más frecuentemente con algunas categorías de individuos que con otras. Un seguimiento sistemático de estas regularidades nos da redes de relaciones sociales que asocian clases de individuos con experiencia interactiva»* (Gumperz, 1982: 41).

<sup>4</sup> *«Dado que las convenciones de uso sólo pueden aprenderse a través de una experiencia comunicativa real, si en una situación de diversidad social un locutor puede emplear apropiadamente estas estrategias como parte del toma y daca de un intercambio conversacional más prolongado (...) el control de las estrategias comunicativas relevantes es evidencia de primera mano de la existencia de asunciones subyacentes compartidas que diferencian a los que saben de los que no pueden utilizar estas estrategias»* (Gumperz, 1982: 72).

## 1.2. *Los discursos como jugadas: la aceptabilidad (el crédito social)*

Goffman comparte, en su obra, uno de los presupuestos fundamentales de la corriente de análisis de los discursos que se denomina pragmática. El presupuesto base es simple: los discursos son prácticas; con ellos hacemos cosas. Goffman va a denominar a los movimientos discursivos en la interacción «jugadas» (*moves*). Dependiendo de los juegos interaccionales, de la estructura de la situación, los actores producirán unos discursos u otros: realizarán unas jugadas u otras. No habría, por tanto, un discurso «auténtico» del sujeto<sup>5</sup>.

Toda interacción supone, por tanto, un trabajo de gestión de la propia imagen por parte de los participantes. Nuestro valor social es negociado en el curso de cada interacción. Por ello, tenemos que someternos a las reglas de «aceptabilidad» y «normalidad» imperantes —y negociadas— en la situación. Esta necesidad de ser aceptables y aceptados —de recibir un valor, una definición positiva de nuestra identidad— tiene un doble anclaje:

a) Por un lado, por la necesidad de tener un «crédito social»: nuestra posibilidad de obtener recursos en las redes sociales en las que nos movemos viene determinada por todo el «crédito» acumulado a lo largo de las interacciones anteriores —crédito de favores y dones, pero, sobre todo, crédito de confianza—.

b) Por otro, por la inversión emocional en nuestra propia imagen, en nuestra identidad: en el valor social que cada uno se atribuye —y que es función del valor social atribuido por los demás en la historia de sus interacciones— y en la pertenencia a los grupos de los que se forma parte.

Ambas dimensiones van unidas: la identidad propia se forma a partir de la conferida por los demás. Y el funcionamiento en las situaciones de interacción implica siempre una dimensión de desconocimiento: es lo que pone de relieve Bourdieu (1980) en sus análisis de la lógica del don o de la lógica del honor. Acumulamos crédito social en la medida en que nos dejamos llevar por la propia lógica de nuestra inversión emocional en nuestra identidad<sup>6</sup>.

Esto no quiere decir que siempre se mantenga la normalidad, que no existan «delincuencias interaccionales». Estas se dan en situaciones de desajuste: individuos que, por provenir de otro medio social, desconocen la dinámica de

<sup>5</sup> La perspectiva de Goffman es radical aquí: el *self* en una fórmula que se maneja en la interacción: las personas no son algo a lo que habría que llegar, sino que se van construyendo y reconstruyendo en el curso de las interacciones. La existencia de una persona «verdadera» es un presupuesto de sentido común sobre el que se juega el sentido de la interacción (cf. Goffman, 1974: 573).

<sup>6</sup> No vamos a entrar a fondo en este tema, desarrollado por Bourdieu (cf. especialmente 1980 y 1988): es la problemática del *habitus*, del sentido práctico, de la producción de individuos, de la correspondencia entre estructura social y estructura psicológica: de la producción social de individuos conformados para funcionar de acuerdo a las condiciones sociales que los han producido.

la interacción; o conflicto entre el mantenimiento de la identidad y el mantenimiento de la situación<sup>7</sup>. En situaciones extremas, la reincidencia en las delincuencias interaccionales termina llevando al cuestionamiento de la salud mental del implicado.

### 1.3. *El orden moral de la interacción*

Pero hay otra buena razón que nos explica el mantenimiento continuo de la normalidad por parte de los actores: el hecho de que el orden de la interacción sea un orden moral. Las «delincuencias interaccionales» son atentados contra el orden de las cosas, contra las categorías, rutinas y rituales mediante los cuales se reproduce cotidianamente el orden social.

La idea del orden de la interacción como orden moral es lo que nos permite, en Goffman, la conexión entre la «macro» y la «microsociología», entre la estructura social y las interacciones cotidianas. Aprendemos el orden social —sus categorizaciones, jerarquías, exclusiones e inclusiones, definiciones de grupos, individuos, situaciones...— en el orden de las interacciones cotidianas, interiorizándolo a partir de todas las rutinas de interacción que vamos aprendiendo a medida que nos hallamos en situaciones sociales y que nos movemos en ellas. Este «sentido práctico» del orden social, incorporado en nuestras rutinas y gestos diarios, es el que nos explica las situaciones de embarazo, de vergüenza ajena y de incomodidad ante delincuencias interaccionales que lo hacen peligrar<sup>8</sup>.

### 1.4. *Implicación*

Uno de los puntos en los que más insiste Goffman a la hora de distinguir situaciones sociales es en el grado de implicación que requieren. La implicación es definida como «*un proceso psicológico en el que el sujeto llega a no controlar, al menos parcialmente, la dirección de sus sentimientos y su atención cogni-*

---

<sup>7</sup> Boltanski (1990) muestra, en su análisis de la denuncia, casos en los que sujetos que se ven perjudicados por alguien comienzan a litigar buscando reparación —normalmente una reparación en su honor, en su valor social, en su identidad pública— hasta extremos en los que el litigio termina convirtiéndose en el asunto principal de su existencia, llegando a arruinarles económica y socialmente —a perder todo el crédito social que tenían—. Como afirma Goffman: «*Somos los vehículos de la sociedad, pero también somos máquinas sobrecalentadas dispuestas a seguir en ignición cuando el interruptor se ha apagado*» (1974: 552).

<sup>8</sup> La situación de embarazo se explica también por otra característica fundamental de la interacción: en ella, la construcción de la normalidad es cooperativa, se realiza entre todos los participantes. La salida de tono de uno de ellos pone en peligro a todos los demás. Estas dos características de la interacción —es un orden moral (se asienta sobre las categorías del orden social) y se mantiene cooperativamente (todos somos cómplices)— son las que ponía de relieve el movimiento situacionista en su estrategia de boicot de las definiciones de la situación normales.

*tiva*» (1974: 346). Cada situación social requiere de los participantes un grado de implicación afectiva y cognitiva, una determinada «distancia al rol». El exceso o el defecto de implicación es una impropiedad situacional.

La implicación es un buen ejemplo de la incorporación de las exigencias de la estructura social: tenemos que implicarnos en las situaciones, pero hacerlo «naturalmente», sin esforzarnos en ello: *«si tiene que mantenerse un foco de atención particular, no puede hacerse intencionalmente (al menos, no del todo), ya que esta atención introduciría un foco de atención diferente, el de mantener un foco de atención particular»* (Goffman, 1974: 346).

### 1.5. *Marco*

A todos los conceptos anteriores hemos de añadirle el que constituyó el núcleo de su obra *Frame Analysis*, el concepto de marco. Por marco entiende Goffman dos cosas: *a)* una situación social específica con una definición de la situación; *b)* el esquema cognitivo a partir del cual se puede dar sentido a lo que ocurre en esa situación y a los enunciados que en ella se generen.

Para ser breves, diremos que la teoría del marco afirma que vamos circulando por diversos ámbitos sociales. En cada ámbito rigen unas leyes específicas —aunque no estén separadas completamente unas de otras— de construcción del sentido. La organización de la experiencia se estructura también en ámbitos diferenciados: ámbitos a la vez cognitivos y sociales. Cada uno de estos dominios no implica simplemente un paquete de información, sino una serie de procedimientos generativos a partir de los cuales se da sentido a la experiencia. A partir de los marcos de interpretación seleccionamos, entre la multitud de aspectos que se ofrecen a nuestra percepción, aquellos que son relevantes y los coordinamos en un esquema que les dé sentido. Estos marcos son algo primariamente organizacional: nuestro conocimiento y experiencia se almacenan en la memoria por su utilización en tareas prácticas; la división de ámbitos cognitivos se corresponde con la división de ámbitos sociales. Esta división asegura que estos ámbitos no entren en contradicción: una experiencia o un enunciado pueden ser incluidos, por un mismo sujeto, en marcos muy distintos.

## 2. LA INTERACCION COMO MERCADO

*«el intercambio lingüístico es también un intercambio económico que se lleva a cabo en una cierta relación simbólica de fuerzas entre un productor, provisto de un cierto capital lingüístico, y un consumidor (o un mercado), apto para procurar un cierto beneficio material o simbólico»* (Bourdieu, 1985: 40).

Bourdieu toma algunas de las aportaciones de Goffman y de la sociolingüística y etnometodología americanas y las incorpora a su teoría con el concepto de mercado de la interacción.

Las constricciones que toda situación social impone a lo decible van a ser asimiladas, aquí, a una situación de mercado: el discurso es un producto que recibe un valor en un mercado de la interacción. Los discursos —prácticas mediante las que las personas negocian su valor en el mercado de la interacción— van a llevar, por tanto, siempre las marcas de la situación en la que se han producido: la anticipación de las condiciones de recepción formará parte de las condiciones de producción.

*«La ciencia de un discurso que únicamente puede existir (...) en la medida en que no sólo sea gramaticalmente correcto, sino también y sobre todo socialmente aceptable (...) deberá tener en cuenta las leyes de formación de precios y características del mercado considerado o, dicho con otras palabras, las leyes que definen las condiciones sociales de aceptabilidad (...): efectivamente, las esperadas condiciones de recepción forman parte de las condiciones de producción y la anticipación de las sanciones del mercado contribuye a determinar la producción del discurso. Esta anticipación, que no tiene nada que ver con un cálculo consciente, es consecuencia de un habitus lingüístico que, en tanto que producto de una primordial y prolongada relación con las leyes de un cierto mercado, tiende a funcionar como un sentido de la aceptabilidad y valor probables de sus propias producciones lingüísticas y de las de los demás en los diferentes mercados. Es este sentido de la aceptabilidad, y no ninguna forma de cálculo racional orientado hacia la maximización de los beneficios simbólicos, lo que, al incitar a que se tome en cuenta el valor probable del discurso en la producción, determina a su vez las correcciones y todas las otras formas de autocensura; concesiones que se conceden a un universo social por el hecho de hacerse aceptable para él» (Bourdieu, 1985: 50-51).*

La teoría de Bourdieu, que formula en otros términos muchas de las aportaciones de Goffman, nos proporciona algunos elementos nuevos; entre ellos, destaca la inserción explícita de la interacción social en las relaciones de poder preexistentes: en la historia pasada y en la posición en la estructura social de los participantes.

Los sujetos que acuden a la interacción son sujetos con una historia. Frente a la teoría de Goffman, que toma en cuenta sólo el momento de la interacción, Bourdieu afirma que los sujetos acuden a la interacción con todas sus características previas: el poder que se tiene fuera de la interacción determina siempre —a través del capital simbólico y lingüístico— lo que va a ocurrir en la interacción.

La historia —y la estructura social— también está presente en la teoría de Bourdieu a través de otro concepto: el de *habitus*. La producción discursiva es el producto de una relación:



*«La definición de la aceptabilidad no hay que buscarla en la situación, sino en la relación entre un mercado y un habitus, que es también el producto de toda la historia de la relación con mercados» (1985: 55).*

En una situación social nos encontramos, por un lado, con unos modelos socioculturales de aceptabilidad de los discursos según las situaciones sociales; por otro, con individuos con determinados *habitus*, competencia comunicativa<sup>9</sup>, sentido de su valor social<sup>10</sup> y capital simbólico y lingüístico —en función de los cuales tendrán más o menos poder en la conformación de la definición de la situación y de la estructura de lo decible—. El discurso se produce en la relación entre estos dos conjuntos de relaciones.

### 3. EL GRUPO DE DISCUSION Y EL GRUPO TERAPEUTICO

En la obra de Ibáñez sobre el grupo de discusión encontramos constantemente dos registros: uno, más sociológico, en el que se remite a los modelos socioculturales de interacción y a su experiencia práctica como investigador de grupos de discusión, y otro, psicoanalítico, con el que intenta legitimar metodológicamente la técnica. Nuestro propósito aquí será seguir en la línea del primer registro en detrimento de —y en oposición a— el segundo.

Para ello, vamos a comenzar señalando las características específicas del grupo terapéutico (grupo-T), para cuestionar a continuación la aplicación de la teoría psicoanalítica de grupos —formada a partir de grupos-T— al grupo de discusión.

El tipo de situación social denominado grupo-T se produce dentro del marco de un tipo de relación muy especial: la relación de servicio personalizada<sup>11</sup>. Este tipo de relación se establece entre tres términos: *a)* un especialista que ofrece sus servicios; *b)* un cliente; *c)* un objeto a reparar. La relación de servicio tiene, frente a la venta de otras mercancías, una característica especial: el servicio es contratado antes de que sea producido, y la evaluación de su producción corresponde principalmente al experto, al profesional —o al cuerpo

<sup>9</sup> *«La competencia, que se adquiere por la práctica, implica inseparablemente el dominio práctico de un uso de la lengua y el dominio práctico de los sistemas en los que ese uso de la lengua es socialmente aceptable» (Bourdieu, 1985: 56).*

<sup>10</sup> *«El sentido del valor de los propios productos lingüísticos es una dimensión fundamental del sentido del lugar ocupado en el espacio social: indudablemente la relación originaria con los diferentes mercados y la experiencia de las sanciones impartidas a las propias producciones constituyen, juntamente con la experiencia del precio concedido al propio cuerpo, una de las mediaciones a través de las cuales se constituye esa especie de sentido personal del propio valor social que regula la relación práctica con los diferentes mercados (timidez, desentovtura, etc.) y, más generalmente, toda la manera de comportarse en el mundo social» (ibid.).*

<sup>11</sup> El concepto es de Goffman (1973). Castel (1973) lo aplica en su análisis de la relación psicoanalítica.

de profesionales—, y no al cliente, «lego» en la materia. Pero, además, dentro del campo psiquiátrico, esta relación de servicio adquiere una forma muy específica: se conforma como contrato de tutela<sup>12</sup>. Siendo el objeto a reparar la psique «estropeada» del cliente, el especialista se convertirá en el representante moral y racional de los intereses del cliente por encima de él mismo: él conoce mejor que el cliente lo que es bueno para él.

La relación psicoanalítica se conforma, por tanto, en el cruce de estos dos tipos de relación social. Se diferencia de otras relaciones de servicio personalizadas en el hecho de que es una relación de tutela. Y se diferencia de la mayoría de las relaciones de tutela —en las que el profesional funciona como representante del Estado— en el hecho de que es una relación de servicio entre un profesional liberal y un cliente que ha de pagar por el servicio.

A partir de este marco, podemos ver los rasgos de la situación social denominada grupo terapéutico: situación excepcional muy distinta a la mayoría de las situaciones de interacción cotidianas. La mayoría de estas características, además, nos proporcionan un cuadro donde el analista ejerce una violencia simbólica descomunal sobre los analizados:

a) Es una situación social con un tipo de participantes muy determinado socialmente: tanto analista como analizados proceden de posiciones elevadas de la estructura social

b) La situación es definida como totalmente excepcional, al margen de las situaciones sociales cotidianas. Una de las normas de esta excepcionalidad será dejar a un lado —aunque sólo en el dominio discursivo— todas las normas de modestia, pudor, decencia, etc., que dominan en la interacción normal.

c) Los «paréntesis»<sup>13</sup> que separan esta situación del resto están muy marcados: se exige un corte radical con la cotidianidad, con los otros *status* y roles que se tienen «fuera»<sup>14</sup> —frente a las situaciones sociales cotidianas, en las que los paréntesis nunca separan del todo a los sujetos de sus características sociales—.

<sup>12</sup> Sobre la aparición histórica de la relación de tutela en el campo psiquiátrico, cf. Castel (1980).

<sup>13</sup> Goffman propone el concepto de «paréntesis» en *Frame Analysis*. Las diferentes situaciones sociales son pequeños sistemas sociales porque están aisladas entre sí por paréntesis de inicio y finalización que marcan la existencia de una situación específica, separada, con sus reglas y su marco cognitivo propio.

<sup>14</sup> Este distanciamiento de lo real para regodearse en la subjetividad no es sino un privilegio de clase: el privilegio de estar distanciado de la necesidad y de las formas más duras de dominación. Este fuerte paréntesis de separación, además, es condición para la imposición del marco de interpretación del preceptor: aislando todos los fenómenos de las lógicas sociales se los remite únicamente a la lógica del inconsciente (cf. Castel, 1973, especialmente cap. II; Castel, además, señala que esta separación tiene unos presupuestos políticos muy claros: los que comparte con todo lo que se autodefine como apolítico).

d) Se exige de los participantes una nula distancia al rol, una implicación total en la situación.

e) La inversión emocional en la situación es muy elevada, tanto por la nula distancia al rol como por el objetivo declarado: gestionar los problemas afectivos.

f) El preceptor detenta un enorme poder sobre toda la situación<sup>15</sup>, basado tanto en su *status* institucional —profesional de la psique que tiene las claves para la resolución de los problemas— como en una serie de mecanismos interaccionales<sup>16</sup>:

- En la situación de análisis se rompe la «reserva informacional»<sup>17</sup> del cliente —pero no la del analista—.
- Por la ley de la libre asociación, los clientes pueden tener que contar cosas que transgredan la reserva de información de conocidos y personas íntimas, traicionándoles.
- El silencio del preceptor rompe otra norma fundamental de la interacción cotidiana: ésta supone un intercambio de enunciados y respuestas entre los interlocutores. El silencio del preceptor es marca e instrumento de su posición de poder<sup>18</sup>.
- El preceptor puede interpretar todas las pistas metacomunicacionales: rituales de inicio y fin, tono de voz, silencios, lapsus...
- La imposición del marco que dé sentido a la situación incumbe únicamente al analista. Este marco no es negociable: cualquier discrepancia con la interpretación del analista es una «resistencia». Los clientes son así expropiados del derecho a negociar el sentido de la interacción.

Todas estas características conforman la situación de grupo-T como lo que Goffman (1974) denomina una «experiencia negativa»: la ruptura con los

<sup>15</sup> La calificación del preceptor como «padre muerto» no sería más que la retraducción, en términos psicoanalíticos, de toda esta violencia simbólica —retraducción que tiene la virtud de ignorar su origen social, remitiéndola a una experiencia originaria del grupo, experiencia a la vez psíquica y universal—.

<sup>16</sup> Seguimos aquí a Goffman (1974: 385 y ss.).

<sup>17</sup> El concepto es de Goffman (1979): es un presupuesto básico de la interacción que hay unos territorios personales que son una especie de propiedad privada que se tiene que respetar. Entre estos territorios, uno es la «reserva informacional»: aquellas informaciones a las que los demás no tienen el derecho de acceder —a menos que el interesado lo conceda—. El psicoanálisis se centra fundamentalmente en el análisis de lo que normalmente son reservas informacionales.

<sup>18</sup> Todas las situaciones de interacción cara a cara en las que se rompe el esquema dialógico —en las que uno habla y otro calla— son situaciones marcadas por una relación de poder: bien situaciones en las que el poder dice la verdad o la orden, bien situaciones en las que el dominado ha de rendir cuentas ante el poder. El psicoanálisis, según Foucault (1978), se inscribe dentro de los dispositivos de confesión, que abren la inversión de la distribución de silencio y palabra entre dominantes y dominados.

rituales de interacción acostumbrados provoca una intensa implicación emocional y una elevada ansiedad<sup>19</sup>.

Esta situación límite (o presuntamente límite) haría aparecer una especie de «grupo» desnudo, sin los recubrimientos de lo social —«grupo básico», lo llaman los psicoanalistas—. Sería una especie de aislamiento *in vitro* de la esencia del «grupo». Sin embargo, de lo que se trata es de una generalización abusiva a partir de una situación muy particular<sup>20</sup>. Generalización esencialista —busca una realidad universal de «grupo» bajo la palabra grupo, toma la palabra y busca debajo una esencia— y psicologista —explica dinámicas sociales en términos psíquicos: de esta manera las universaliza y legitima<sup>21</sup>—.

#### 4. EL GRUPO DE DISCUSION

El modelo del grupo-T desarrollado por los psicoanalistas no sirve, por tanto, como modelo conceptual adecuado para el grupo de discusión. Primero, por lo ya señalado —es una generalización abusiva, esencialista y psicologista—. Segundo, porque el grupo de discusión se diferencia en numerosas características del grupo-T: la situación de grupo de discusión no es una relación de servicio personalizada ni una relación de tutela. Los participantes no pagan al preceptor, ni acuden a la reunión para «ajustar» su psique. Sus participantes no tienen por qué proceder únicamente de las posiciones elevadas de la estructura social. Las normas de modestia, pudor, etc., no se dejan a un lado. Los paréntesis que separan al grupo de discusión del resto de situaciones sociales son mucho menos marcados que en el grupo-T, y los atributos sociales de las personas pueden tener mucha importancia explícita en la definición de la situación. La implicación en la situación supone una cierta distancia al rol. La inversión emocional en la situación es mucho menor que en el grupo-T. El preceptor, que puede utilizar algunos de los mecanismos interaccionales que utiliza el psicoanalista y marcar con ellos su situación de poder, tiene, sin

<sup>19</sup> Ansiedad que los psicoanalistas también van a considerar como una característica consustancial —universal— a la experiencia de grupo.

<sup>20</sup> De la misma manera que Castel (1973) dice que el inconsciente estudiado por los psicoanalistas no es sino el producto de esa relación particular de análisis, podemos decir que el «grupo básico» no es sino el producto de este tipo específico de situación social que es la psicoterapia grupal psicoanalítica. Así, sería muy fácil remitir los tres «supuestos básicos» de Bion a las características sociales e interaccionales del grupo-T.

<sup>21</sup> Una lectura no psicoanalítica de los textos psicoanalíticos puede encontrar en ellos toda una filosofía política desconocida como tal —retraducida en términos de universales psíquicos—. Es la crítica que hacen Deleuze y Guattari al Edipo: sitúa en la estructura psíquica lo que son fenómenos de poder. En los textos sobre psicoanálisis de grupos podemos encontrar jugosos ejemplos de esta psicologización de lo social que se desconoce como política. Como botón de muestra, lo que dice Kâes: «*la ideología igualitarista es una elaboración del fantasma de escena primitiva en su componente perversa: todos los miembros del grupo pueden, una y otra vez, cambiar el papel fantasmático, en la medida en que todos se equivalen*» (1977: 194).

embargo, que renunciar a otros —por ejemplo, no puede exigir la ruptura de la reserva informacional de los participantes—.

Pero hay otra diferencia más: el grupo-T tiene una continuidad en el tiempo; el grupo de discusión, no. Es lo que Goffman denomina un «grupo situacional» (1963: 196): grupos reunidos en determinadas ocasiones sociales, pero que no son grupo fuera de la situación; estos grupos tienen su coherencia en la situación y en las normas que la regulan. Parece pertinente, por tanto, centrarse en la situación para analizar la dinámica del grupo de discusión.

#### 4.1. *El grupo de discusión: definición de la situación, censura estructural y discurso*

*«Todas las fórmulas son buenas, pero unas tienen unas consecuencias —producen unos efectos— y otras, otras; el investigador debe estar simplemente en disposición de poder calcular los efectos que produce aquella sobre la que decide»* (Ibáñez, 1979: 262).

Consideremos, pues, el grupo de discusión como una situación social. El tipo de discurso producido variará en función de la definición de la situación y de la «censura estructural» que esta definición suponga sobre los productos lingüísticos. Una serie de precisiones se imponen como puntos fundamentales a tener en cuenta a la hora de abordar la técnica del grupo de discusión:

a) El juego con los diversos elementos que componen la situación del grupo de discusión —espacio de reunión, forma de convocatoria, composición del grupo, papel del preceptor...— es un juego con la definición de la situación.

b) En función de la definición de la situación variará el discurso producido, no sólo en el sentido de una mayor o menor censura sobre los productos lingüísticos —un discurso más o menos «legítimo»—, sino de diferentes marcos o esquemas de interpretación a partir de los cuales se producirá el sentido. No hay un discurso «auténtico»: el discurso siempre se produce en una situación, frente a un destinatario<sup>22</sup>.

<sup>22</sup> *«El habla, como sabemos, se construye entre dos personas socialmente organizadas, y en ausencia de un destinatario real, se presupone uno en la persona, diríamos, de un representante normal del grupo social al cual pertenece el hablante. La palabra se orienta hacia un destinatario, hacia quien ese destinatario debe ser: un miembro o no-miembro del mismo grupo social, de situación superior o inferior (el status jerárquico del destinatario), alguien relacionado con el hablante por lazos sociales estrechos (padre, hermano, marido, etcétera) o no. (...) La orientación de la palabra hacia el destinatario tiene muchísima importancia. En realidad, la palabra es un acto de dos caras. Está tan determinada por quien la emite como por aquel para quien es emitida. Es el producto de la relación recíproca entre hablante y oyente, emisor y receptor. Cada palabra expresa el “uno” en relación con el “otro”»* (Bajtin, 1976: 107-108).

c) La definición de la situación —y el juego con los diversos elementos que comporta— variará, por tanto, en función de los objetivos de la investigación.

d) La definición de la situación deberá tener en cuenta la «economía comunicativa» del grupo estudiado<sup>23</sup>. Los diversos elementos con que juega el preceptor para condicionar una definición de la situación no serán interpretados de la misma manera por los diferentes grupos: no serán signos con un significado unívoco. Todo signo es una relación entre el significante y los esquemas de interpretación que el sujeto pone en funcionamiento para darle sentido. Y esto ocurre también con las situaciones sociales<sup>24</sup>.

Una precisión en torno al punto b). Si es verdad que el discurso producido varía en función de la situación, también es verdad que no todos los discursos son posibles en un grupo. Más aún, un tipo de análisis del discurso que se centre no en los productos —a la manera de la encuesta de opinión—, sino en los esquemas de producción del sentido<sup>25</sup>, encontrará, para cada grupo social, un número limitado de esquemas de producción o marcos: marcos que remitirán a las diversas situaciones sociales en que se mueve el grupo con sus diversos interlocutores —oponentes, ayudantes o miembros a los que se identifica como pertenecientes al mismo grupo— y a los esquemas fundamentales del *habitus* a partir de los cuales se generan las prácticas —entre ellas, las prácticas discursivas<sup>26</sup>—.

#### 4.2. Discursos buscados y juego con los elementos

El juego con los diferentes elementos que componen el grupo —con la definición de la situación— vendrá, por tanto, determinado principalmente por los objetivos de la investigación. No obstante, podemos fijar algunos de los parámetros principales que, normalmente, se buscan cuando se utiliza la técnica del grupo de discusión en una investigación.

El grupo de discusión es una técnica que tiene como objetivo principal buscar esa construcción del sentido común que uno o varios grupos sociales

<sup>23</sup> «El grupo de discusión opera (...) como simulacro de otros espacios de reunión. Es artificial por completo, pero lleva inscritas en él las formas de comunicación que son posibles entre grupos naturales» (Canales y Peinado, 1994: n. 29).

<sup>24</sup> Para ilustrar esto podemos remitirnos a la cuestión del espacio de reunión. Numerosos autores (Ibáñez, 1979; Canales y Peinado, 1994) consideran que lugares de reunión como las salas de empresas de investigación o las salas privadas —alquiladas— de reunión en hoteles son lugares «neutros», con una marca «cero». De esta manera, ignoran que el signo es una relación entre un significante y unos esquemas interpretativos. Estos lugares pueden ser interpretados como lugares «neutrales» por grupos de adultos de clase media. Todo cambia si llevamos a los mismos sitios a participantes que proceden de otras posiciones sociales: un grupo de chavales de un barrio obrero puede ver en estos locales las marcas de un lugar completamente ajeno y opuesto: las marcas de la clase dominante.

<sup>25</sup> He desarrollado esta perspectiva en Martín Criado (1991).

<sup>26</sup> «La práctica lingüística, como toda práctica, se constituye en un cruce de lo objetivo y lo subjetivo a través de las comunes disposiciones de los agentes en interacción a partir de su común posición en la estructura social y lo que Bourdieu denomina *habitus*» (Callejo, 1994: 183).

hacen en torno a un ámbito determinado. El objetivo final del análisis sería hallar los marcos de interpretación a partir de los cuales los sujetos dan sentido a un conjunto de experiencias. Estos marcos de interpretación se hallan unidos a las diferentes situaciones y relaciones sociales en las que normalmente se encuentran los miembros de ese grupo<sup>27</sup>.

Para ello es necesario recoger el proceso de construcción cooperativa del sentido —del sentido común, de la normalidad— dentro del grupo. Ello impone una serie de condicionantes sobre la técnica<sup>28</sup>:

- Necesidad de que el grupo no preexista como tal antes de la situación y de que el tema no sea conocido de antemano por los participantes: ambas exigencias van en el sentido de evitar que el discurso esté ya establecido de antemano, perdiéndose así ese proceso de construcción cooperativa por medio de tanteos que supone un elemento fundamental para el análisis<sup>29</sup>.
- Necesidad de que el preceptor sea «no directivo» —mediante el silencio o intervenciones reducidas a reformulaciones—: de esta manera el marco de interpretación será producido únicamente por el grupo.
- Necesidad de que no haya diferencias jerárquicas excesivas: crearían una situación en la que los dominados callarían<sup>30</sup>.

<sup>27</sup> «Lo que hace al grupo de discusión un dispositivo de investigación sociológica es que el grupo está diseñado para dar cuenta de la manera en que los sujetos y los grupos construyen y dan sentido a los acontecimientos y circunstancias en que viven, haciendo aflorar las categorías e interpretaciones que se generan en los marcos intersubjetivos de la interacción social por medio de procesos comunicativos y lingüísticos» (Alonso, 1996: 10).

<sup>28</sup> Aquí seguimos fundamentalmente a Ibáñez (1979).

<sup>29</sup> La preexistencia del grupo supone una amenaza más grave que el conocimiento previo del tema. Frente a un grupo ya formado como tal, el investigador no sería más que un intruso. Lo que recogería sería un discurso ya congelado mediante el que el o los líderes del grupo presentarían la imagen grupal ante el intruso.

<sup>30</sup> Aunque, evidentemente, hay posibilidades de juego: aumentando el número de los que están en una situación inferior, haciendo un grupo en el que los dominados y los dominantes no lo sean dentro del mismo grupo —obreros discutiendo con un patrón de otra empresa...—. De todas maneras, lo normal es siempre buscar una cierta homogeneidad en el grupo. L. E. Alonso explica perfectamente las razones: «La necesidad de *homogeneidad* está impuesta por la productividad discursiva del grupo de discusión. Dado que lo que se busca es encontrar las representaciones sociales que circulan por los grupos de pertenencia y referencia del microgrupo testigo, el criterio de respetar el *campo simbólico* es fundamental. Entendiendo, con Pierre Bourdieu, el campo como la red de relaciones entre posiciones objetivas que genera las percepciones de los sujetos sobre su mundo y otros mundos sociales, los campos sociales y simbólicos circunscriben de esta manera los lugares donde se construyen los sentidos comunes, los lugares comunes, los sistemas de tópicos irreductibles los unos a los otros. Por tanto, la adaptación de la estructura y composición del grupo de discusión a los campos sociales y simbólicos que se tratan de investigar es una cautela de primer grado, puesto que en la discusión lo que se trata de explorar son los *dominios semánticos* asociados indexical y contextualmente a los campos sociales y simbólicos que los circunscriben. Tales campos o dominios semánticos se generan interactivamente a partir de *juegos de lenguaje*, que son en realidad una negociación y renegociación constante de los significados y los sentidos atribuidos a las representaciones por los miembros del grupo» (1996: 13-14).

- Necesidad de que la censura estructural no sea excesiva: se recogería el discurso que los participantes ven como el más legítimo<sup>31</sup>.
- Necesidad de que la situación sea relativamente excepcional para los participantes: de esta manera se impide el cómodo repliegue en el tópico, en el estereotipo.
- Necesidad de que los participantes se impliquen en la situación<sup>32</sup>.

Vamos a analizar las características de esta situación social, y el juego con los diversos elementos que supone, tomando como base los dos últimos puntos.

#### 4.2.1. *Excepcionalidad de la situación.*

Los individuos, en su vida cotidiana, se mueven por una multiplicidad de situaciones sociales. En estas situaciones, se encuentran con unos rituales de interacción y unos interlocutores conocidos, cotidianos. En ellas, normalmente, el discurso funciona como un elemento más en procesos de mantenimiento de relaciones sociales —visitas, grupos de amigos, bar...—, realización de tareas, negociación de recursos, etc. Son situaciones en las que lo dicho se construye sobre una cantidad ingente de conocimiento de trasfondo —*background knowledge* (Garfinkel, 1967; Cicourel, 1974)— implícito: sobre un fondo compartido de presuposiciones, de conocimientos «evidentes» que nunca son cuestionados ni afloran en el discurso.

Frente a estas situaciones sociales cotidianas, la del grupo de discusión ha de permitir un trabajo de explicitación: de elaboración de lo que normalmente queda implícito como fondo silencioso de las interacciones cotidianas —con sus tópicos tejidos y destejidos hasta el infinito—. Por ello es necesaria una cierta excepcionalidad en la definición de la situación<sup>33</sup>. Esta excepcionalidad viene dada por los elementos siguientes:

<sup>31</sup> Aunque, en ciertas investigaciones, el objetivo puede ser precisamente éste.

<sup>32</sup> La implicación en la situación es lo que los que trabajan con grupos etiquetan como «se ha formado grupo». Lo contrario es una sucesión desganada de enunciados estereotipos y deshilachados, sin elaboración, sin explicitación, sin confrontación.

<sup>33</sup> En este punto podemos encontrar una analogía con la modalidad de investigación-acción que sigue la escuela de Touraine. Así, por ejemplo, Dubet (1987) afirma en su estudio sobre los jóvenes de suburbios: «*A fin de responder a los problemas planteados, hemos tenido que crear un material específico, reforzar la capacidad de expresión de los actores, someterles a constricciones y a estímulos que les permitiesen reflexionar sobre su experiencia y elaborar las significaciones de ella. Constituyendo grupos, introduciendo interlocutores, interrogando a los actores, sometiéndolos a análisis, hemos tenido que crear un material capaz de resistir a la interpretación de los investigadores. Hemos construido situaciones artificiales, totalmente excepcionales para los jóvenes, situaciones donde las constricciones habituales, esas que impiden hablar, son levantadas con el fin de que las relaciones sociales que constituyen la galera se desembaracen de las condiciones de fuerza y de silencio habituales. La galera ha sido estudiada en un espacio y en un tiempo completamente opuestos a los de la vida cotidiana*» (p. 29).



- a) No conocimiento previo de los participantes ni del preceptor.
- b) Presencia del magnetófono y, en general, de todo aquello que marca la definición de la situación como recogida de un discurso para una investigación.
- c) La situación se define como una situación en la que lo fundamental es llegar a una «verdad», dialogar para llegar a un acuerdo sobre el estado de las cosas. En este sentido, frente a la mayoría de las interacciones, en ésta el discurso es algo gratuito: no tiene otro fin que sí mismo. Y el valor que impera es el de la «verdad» —frente, por ejemplo, a la charla informal, donde lo que se valora es la capacidad de entretener, la ingeniosidad o la conformidad a los valores del grupo mediante la repetición de los tópicos y mitos grupales<sup>34</sup>—.

Pero, quizás, lo que haga la situación más excepcional sea la unión del punto primero y tercero: una discusión sobre un tema que no se conoce con unos desconocidos para una investigación que realiza otro desconocido. En la interacción cotidiana, el acceso a desconocidos está regido por una serie de normas que constriñen tanto el acceso —no se puede abordar a cualquiera— como el tipo de interacción que se puede mantener —no se puede hablar de cualquier cosa con una persona a la que no se conoce<sup>35</sup>—.

#### 4.2.2. *Implicación.*

Pero si es necesario que la situación sea, en cierta medida, excepcional, también es necesario que pueda darse una implicación de los participantes en el tema de discusión y en la situación: sin ella, la situación se reduce a un desgranamiento deshilachado de estereotipos. Y la exigencia de implicación es, en cierta medida, contradictoria con la de excepcionalidad: la implicación en una situación se da en la medida que hay una correspondencia entre el sentido práctico de las situaciones —la competencia comunicativa adquirida en la práctica repetida de los mismos rituales de interacción— y la situación concreta: esta correspondencia permite funcionar normalmente —es decir, sin tener que plantearse todas las características de la interacción— en la situación.

<sup>34</sup> Así, citamos un estudio de J. C. Combessie sobre unos pueblos algonereros sevillanos: *«A imagen de lo que es el bar y su público, las conversaciones presentan aquí una concentración pública y festiva de los lugares comunes de la comunidad masculina. La evocación festiva privilegia los poderes y honores debidos a la mayoría de los presentes. La comunidad que, por medio de las conversaciones, se da el espectáculo de su identidad y de su dignidad es la misma que define la división sexual de los roles y de los honores; valores centrales, la competición deportiva y el honor viril son evocados bajo el modo de variaciones constantes alrededor de un tema común»* (Combessie, 1989: 155-156).

<sup>35</sup> Esta excepcionalidad de la situación puede llegar a impedir la realización del grupo de discusión. El autor no pudo realizar en una ocasión un grupo de discusión con chavalas adolescentes de un barrio obrero por la desconfianza de las madres —«¿una reunión con un chico mayor?, ¿y os da un regalo?»—.

Cuando no se da, la atención a los detalles de la interacción impide prestarle atención al tema de conversación. Una excesiva excepcionalidad en la situación puede impedir una implicación en el tema.

Una forma de gestionar esta tensión entre las dos exigencias contradictorias es dejar un amplio margen para la definición de la situación por el grupo<sup>36</sup>. La excepcionalidad de la situación se mantiene, al tiempo que se permite a los participantes acomodarla a rituales de interacción conocidos, «normales»: rituales de interacción que les permitan funcionar con naturalidad, sin prestar demasiada atención a la situación e implicarse así en el tema de discusión. Este proceso, por lo demás, es lo que suele ocurrir normalmente —si el preceptor no ha cargado demasiado los dados en conformar una situación absolutamente ajena a la economía comunicativa del grupo—: una vez en situación, los participantes comienzan a aplicarle el marco que, vistas las características del encuentro, parece dar una definición de la situación más ajustada<sup>37</sup>.

Pero la problemática de la implicación en la situación no se agota aquí. Vamos a abordarla en relación con dos temas conexos: la formalidad de la situación y la relación con la economía comunicativa del grupo.

#### 4.2.3. *La tensión entre formalidad/informalidad.*

El grado de formalidad establece el grado de control que hay que tener sobre uno mismo y las propias prácticas. Cuanto más formal sea la situación, mayor será la censura estructural sobre los productos lingüísticos, que intentarán acomodarse lo máximo posible a lo que se considera legítimo. Cuanto más informal, menos censura estructural: mayor margen para la divergencia y el disenso. El grupo de discusión debe moverse entre ambos polos.

En el polo de máxima formalidad, la censura estructural sobre los temas a tratar y sobre la forma de tratarlos reduciría el grupo a una repetición de la ley: una repetición cansina y con una distancia al rol máxima, sin implicación en la situación.

En el polo de máxima informalidad, la libertad para tratar el tema sería mucho mayor, pero también lo sería para cambiar de tema libremente: las reglas de cohesión y coherencia se relajan, la conversación puede fluir de un tema a otro, se pueden mantener varios focos de atención al mismo tiempo, los valores más cotizados son la ingeniosidad, la capacidad de entretener... El

<sup>36</sup> Optar por dejar lo más abierta posible la definición de la situación tiene otra ventaja: permitir que el grupo tenga mayor libertad en establecer el marco de pertinencia —elemento fundamental para el análisis—.

<sup>37</sup> Uno de los marcos a los que más a menudo se recurre para dar sentido a la situación es el del debate televisivo. Así, en un grupo realizado con jóvenes estudiantes de FP, uno de los participantes pedía permiso para decir el nombre de una empresa: *«mi padre está trabajando como maitre, y encima está en... ¿se puede decir el nombre?»*.

extremo de la charla informal disgregaría la conversación y proporcionaría un material poco utilizable para el analista<sup>38</sup>.

Lo recomendable, por tanto, es guardar un equilibrio entre la formalidad y la informalidad: un equilibrio que, sin fijar los discursos en una repetición de la ley, permita un cambio de marcos y un disenso que no lleguen a la disgregación de la charla informal.

Algunos de los elementos que permanecen relativamente invariantes en la técnica van a empujar hacia una definición de la situación como formal:

- Hay una convocatoria formal a una hora y un lugar fijados de antemano.
- Desconocimiento previo de participantes y preceptor —frente a la charla informal, que se desarrolla habitualmente entre amigos, familiares, conocidos...—.
- La situación se incluye dentro del marco de una investigación, normalmente avalada por alguna institución.
- Como contrapartida de la asistencia, se da un regalo o un cheque-regalo: a pesar de su ambigüedad —término intermedio entre el pago y el don (Ibáñez, 1979: 277)—, se halla más cerca de la relación comercial que del don: no hay lapso de tiempo entre prestación y contraprestación y está determinado de antemano<sup>39</sup>.
- El preceptor tiene algunos de los atributos del poder: es quien convoca y determina el tema del que se va a hablar, es el único que conoce todos los elementos de la situación...

Estos elementos, que acercan la situación al polo de lo formal, han de ser contrarrestados por otros que empujen hacia la informalidad: principalmente en la elección del espacio de reunión, en la organización del espacio y en la intervención del preceptor para definir la situación.

Vamos a centrarnos en el papel del preceptor<sup>40</sup>. Podemos considerar la situación de convocatoria según el esquema de los *summons* (Schegloff, 1972) —convocatoria, cita—. Una convocatoria puede ser atendida o no. Desde el momento en que es atendida, esto genera una serie de derechos y obligaciones

<sup>38</sup> Poco utilizable teniendo en cuenta lo que se pretende con el grupo de discusión: recoger un discurso relevante sobre un tema en un tiempo determinado. La charla informal puede ser una fuente preciosa de información en una situación de observación participante: una situación de contacto prolongado con el grupo a investigar. Pero el grupo de discusión es una técnica que intenta recoger el máximo de material pertinente en un tiempo de conversación limitado.

<sup>39</sup> Sobre la importancia de la indeterminación temporal —tiene que transcurrir un tiempo entre don y contradón— y de contenido —el don no tiene que estar fijado de antemano— para que un don sea tal —para que pueda semantizarse como libre, voluntario y gratuito—, cf. Bourdieu (1980, especialmente cap. 6 del libro 1).

<sup>40</sup> En este punto, nuestra perspectiva supone un papel del preceptor sustancialmente diferente del propuesto por Jesús Ibáñez. Un enfoque muy similar al nuestro sobre la actuación del preceptor puede encontrarse en Callejo (1994, apéndice metodológico).

por ambas partes: el que la hace tiene que dar la explicación de por qué la ha hecho y de qué espera de la persona convocada; el que la contesta está obligado, desde el mismo momento de contestarla, a seguir la interacción y a escuchar nuevamente al que ha hecho la llamada para conocer sus expectativas.

Si el preceptor no explicita las reglas del juego, comete una delincuencia interaccional. Y una delincuencia que, además, es realizada por una persona en posición de poder. Esto tiene dos consecuencias: *a)* conformar la situación como una «experiencia negativa», con la consiguiente carga de ansiedad entre los participantes<sup>41</sup>; *b)* reafirmar su posición de poder —empujando así la situación hacia una definición más formal—: él, frente a los demás participantes, puede violar impunemente las reglas de la interacción.

Parece, pues, lo más apropiado que el preceptor explicita su silencio —imprescindible para que el grupo pueda establecer el marco de pertinencia— como parte de la definición de la situación, de las reglas del juego: permitirá una mayor implicación en la situación —al no generar ansiedad respecto a la propia situación— y la alejará de una excesiva formalidad.

Pero una vez definido el papel del preceptor como no-directivo hay que tener mucho cuidado con las intervenciones: éstas han de ser muy escasas —prácticamente nulas al principio<sup>42</sup>— y limitarse, en la medida de lo posible, a reformulaciones: si comienza a cambiar el marco de pertinencia, a imponer temas, reafirmará su posición de poder y, con ella, la formalidad de la situación.

#### 4.2.4. *Informalidad, disenso e implicación.*

El grado de formalidad de la situación guarda otra relación con la implicación: a través de la posibilidad que establece de disenso. Para verlo recapitulemos lo que ocurre en la situación.

El preceptor realiza una convocatoria en un lugar a los participantes contactados a través de la red de captación. Una vez allí, el preceptor establece las reglas del juego —dejando el máximo margen posible para la definición de la situación por los participantes— y lanza la provocación.

Los participantes han acudido a la convocatoria: se exige de ellos que

<sup>41</sup> Lo que, en términos psicoanalíticos, se denomina «demanda» del grupo hacia el preceptor —«padre muerto»— no es más que el resultado de esta delincuencia interaccional: tú, que nos has convocado, deberías decirnos qué es lo que quieres.

<sup>42</sup> Los primeros minutos de la situación son decisivos: en ellos los participantes van a establecer cooperativamente la definición de la situación en una sucesión de jugadas e inferencias a partir de las jugadas de los demás. Si el preceptor comienza a intervenir en estos momentos puede hacer que sus intervenciones aparezcan como parte necesaria de la situación, haciéndola caer del lado de la entrevista de grupo: los participantes hablarán para él y le exigirán nuevas intervenciones.

hablen sobre un tema. Por ello no pueden callarse: sería una impropiedad situacional. Tienen que hablar. Pero tampoco pueden decir cualquier cosa: desconocen, por el momento, cuáles son las reglas de aceptabilidad del discurso. Se pone en funcionamiento un doble trabajo: cognitivo y discursivo.

Cognitivo: a partir de todos los índices disponibles en la situación, se comienzan a hacer inferencias sobre la definición de la situación, sobre el tipo de participantes con los que uno se encuentra y sobre el marco y enunciados más apropiados —vistas la situación y los participantes—.

Discursivo: hay que hablar, pero vamos a quedar atados a lo que digamos; mediante lo que digamos vamos a manejar nuestra imagen social. En este encuentro entre desconocidos, el valor social de los participantes se va a construir a partir, fundamentalmente, de lo que digan: los demás harán inferencias sobre el tipo de personas que somos a partir de lo que decimos. Pero, por el momento, tenemos muy poca información sobre el mercado de la interacción en que nos movemos; en consecuencia, las primeras jugadas serán muy prudentes: el discurso se refugiará en los tópicos más generales, los que se supone que gozan de mayor aceptabilidad.

Poco a poco van engranando trabajo cognitivo y discursivo: a través de los enunciados propios y de los demás, y a través de todas las pistas metacomunicacionales —gestos, tono de voz, posición corporal...—, los participantes van negociando una definición de la situación y los esquemas de interpretación a aplicar en una dinámica de jugadas abiertas, ambiguas<sup>43</sup>: jugadas en las que se va avanzando tímidamente hacia un marco, y en las que las respuestas de los demás en estos pequeños avances son fundamentales para proseguir en una línea.

En este momento, un punto fundamental para lograr una mayor implicación en la situación es la posibilidad de que, en este juego de tanteos, surja un disenso. A medida que se va definiendo el marco de manera más clara, los participantes pueden comenzar a hacer jugadas más arriesgadas: en determinado punto, alguien puede poner en cuestión lo que otro participante ha dicho. Y a

<sup>43</sup> Hay que tener en cuenta aquí una propiedad fundamental de la interacción, señalada por los etnometodólogos: el sentido de una frase no está determinado de una vez por todas en el momento de su enunciación; las intervenciones posteriores pueden reformularlo. Frente al modelo tradicional de la comunicación —un locutor emite un mensaje de acuerdo a un código; un locutor lo descifra de acuerdo al mismo código, etc.—, la conversación toma más bien la forma de un juego de tanteos, reformulaciones; un juego de manejo de la ambigüedad en el que el sentido se construye cooperativamente: «*La señalización de las actividades discursivas no es un asunto de acción unilateral, sino, más bien, de coordinación entre locutor y receptor, que implica un intercambio rítmico de signos verbales y no verbales. En otras palabras, una interacción exitosa comienza con cada locutor hablando de una cierta manera, usando ciertas pistas de contextualización. Los participantes, entonces, por medio del estilo verbal en que responden y las pistas de escucha que producen, señalan implícitamente su acuerdo o desacuerdo; así "sintonizan" con la forma de hablar del otro. Una vez que se ha hecho esto, y un ritmo de conversación ha sido establecido, ambos participantes pueden asumir razonablemente que han negociado exitosamente un marco de interpretación, es decir, que han llegado a un acuerdo sobre qué actividad se está llevando a cabo y cómo debe ser conducida*» (Gumperz, 1982: 167).

partir del momento en que surge una divergencia de opiniones explícita, la implicación en la situación aumenta: entra en juego la imagen y el valor social de los que han comenzado a discrepar; la situación se redefinirá y el preceptor, que hasta ese momento era el destinatario privilegiado de los mensajes, comenzará a borrarse<sup>44</sup>.

En el grupo de discusión, la imagen y valor social de los participantes se construye fundamentalmente a partir de su discurso, de sus opiniones. Una crítica, una discrepancia es un atentado contra la imagen social: un atentado que va a producir una mayor implicación emocional, no sólo porque está en juego la propia imagen, sino también porque las opiniones expresadas son una marca de pertenencia al grupo: la refutación de un enunciado es una valoración negativa del grupo social al que se pertenece y, con ella, de las bases de la identidad. Hay una inversión emocional en las propias opiniones —en los esquemas y estereotipos a partir de los cuales se da sentido a la experiencia— que es, a la vez, una inversión en la propia identidad social y en los presupuestos sobre los que se conforma la visión del mundo.

Y la posibilidad de disenso viene condicionada por la formalidad de la definición de la situación. En términos generales, podemos decir que a mayor formalidad de la situación, menos margen hay para el disenso: la censura estructural sobre los enunciados es mayor y las reglas de aceptabilidad dan poco margen para la desviación<sup>45</sup>.

---

<sup>44</sup> La emergencia de discrepancias dentro del grupo tiene, además, otra ventaja: proporciona un discurso mucho más rico. En la necesidad de defender las posiciones tomadas, crecen las explicitaciones, se elaboran los presupuestos y las posiciones, se cambia más de marco. Por otra parte, esta necesidad de divergencias también ha de tomarse en cuenta en la composición del grupo —hay que evitar los grupos excesivamente homogéneos: corren el riesgo de agotarse rápidamente en un consenso sin matices, sin elaboración— y en las intervenciones del preceptor —poner el acento, en situaciones apagadas, sin implicación, en los posibles puntos de divergencia—.

<sup>45</sup> Precisamente una de las ventajas del grupo de discusión respecto a la entrevista en profundidad es la posibilidad de recoger estos juegos de censuras estructurales, cambios de marcos, enfrentamientos con los próximos sociales en torno a las prácticas y discursos más «sensatos» o «razonables»: nos proporciona un discurso —un material para el análisis— mucho más rico, tanto cuantitativa como cualitativamente. Cuantitativamente: al tener que negociar el sentido de las prácticas no sólo con el preceptor —al inicio de la sesión—, sino también con los próximos sociales que generan sentidos distintos, los cambios de marco de sentido son más numerosos y las descripciones-legitimaciones de las propias prácticas han de elaborarse más. Cualitativamente: el sentido no se negocia únicamente con un entrevistador-preceptor que, generalmente procedente de otras posiciones sociales, puede imponer una fuerte censura estructural; también —y principalmente— se negocia con los próximos sociales. Esta mayor potencia del grupo de discusión frente a la entrevista en profundidad suele explicarse, en numerosos autores, como un asunto de homología entre las situaciones sociales de producción del sentido y la situación de interacción de la técnica: como el sentido se elabora grupalmente, se viene a decir, la técnica adecuada es el grupo de discusión, mientras que la entrevista sólo es pertinente para asuntos más individuales —así, Canales y Peinado afirman que la entrevista abierta es «pertinente cuando la investigación no pretende reconstruir el sentido social de un asunto determinado» (1994: 296)—. En nuestra opinión, esta «justificación» de la diferencia entre ambas técnicas confunde dos niveles:

#### 4.2.5. *Relación con la economía comunicativa.*

Pero todo lo dicho anteriormente ha de remitirse siempre a la economía comunicativa del grupo estudiado: tanto la excepcionalidad como la formalidad de la situación tienen que entenderse siempre en relación con los rituales de interacción y tipos de situaciones sociales que conforman su economía comunicativa.

Así, la excepcionalidad de la situación de grupo de discusión puede variar enormemente según la posición en la estructura social de la que provengan los grupos. La normalidad de encuentros formales con desconocidos o personas poco conocidas es mayor a medida que se asciende en la escala social (De Sola Pool y Kochen, 1978). Las personas procedentes de las capas superiores están más acostumbradas a manejar situaciones parecidas a la del grupo de discusión: su competencia comunicativa se halla más adaptada a la situación<sup>46</sup>.

Lo mismo ocurre cuando hablamos de formalidad de la situación. Todo lo expuesto anteriormente sobre la formalidad debe ser remitido también a la economía comunicativa del grupo:

- En primer lugar, porque según el grupo social la normalidad de las situaciones formales varía: es mucho mayor para la clase media que para la clase obrera. Según el grupo social, la experiencia de la formalidad o informalidad de las situaciones —y de la distancia al rol que suponen— es muy diferente: hasta el punto de poder ser incómoda una situación que se salga de los parámetros de formalidad habituales.
- En segundo lugar, porque la experiencia habitual de la formalidad en un grupo social no sólo varía cuantitativa, sino también cualitativamente. Si el concepto de formalidad se refiere al nivel de exigencia que

---

el de la situación de producción de datos y el del análisis. En una investigación a base de entrevistas en profundidad también se podría analizar el sentido social de las prácticas —aunque el material bruto fuera, en principio, menos rico por las razones expuestas—: para ello habría que recoger un *corpus* lo suficientemente amplio en situaciones donde la censura estructural no fuera fuerte —manejando todos los elementos de definición de la situación y, principalmente, el tipo de acercamiento al entrevistado— y, a partir de este material —en la confrontación de unas entrevistas con otras—, comenzar a reconstruir analíticamente los distintos marcos de sentido, grupos de referencia, esquemas de interpretación, etc. El proceso sería más laborioso, pero en ningún caso imposible. Así, mientras que en los grupos de discusión podemos ver enfrentarse los distintos marcos de sentido y «racionalidades prácticas» entre próximos sociales, en el caso de las entrevistas individuales habríamos de reconstruir estos enfrentamientos a partir de los distintos discursos individuales; o, frente a la riqueza del vaivén y negociación de las censuras estructurales en el grupo de discusión, este juego de censuras estructurales sería mucho más limitado en el caso de las entrevistas. Pero estas diferencias no invalidan la técnica de entrevista para un tipo de análisis: simplemente la hacen menos adecuada, menos potente.

<sup>46</sup> La teoría de Bernstein (1988 y 1989) sobre la diferencia entre código restringido y elaborado se basa, en parte, en esta diferencia de pautas de interacción: los niños de clase media tienen que entrar en contacto —en situación— con más gente y proveniente de medios más diversos.

una situación impone al individuo para que tenga un autocontrol, el contenido de esta exigencia difiere según los grupos: puede aplicarse a comportamientos —verbales o corporales— muy distintos<sup>47</sup>.

## 5. ANALISIS DEL DISCURSO PRODUCIDO POR GRUPOS DE DISCUSION

Aunque no vamos a entrar aquí de lleno en la problemática del análisis del discurso<sup>48</sup>, queremos señalar las consecuencias que tiene para el análisis del discurso del grupo una perspectiva que lo considere como situación social.

Todo producto discursivo es el resultado de la relación entre dos sistemas de relaciones: los esquemas interpretativos de los participantes y la situación social en que se encuentran. Por ello, todo análisis de discurso habrá de tener en cuenta lo que el discurso concreto —el «material» del sociólogo, los «datos»— debe a la situación concreta en que ha sido producido para poder plantear —e integrar en el análisis— las condiciones de generalización de los esquemas interpretativos a los que se ha llegado mediante el análisis.

### 5.1. *Los esquemas interpretativos*

Este enfoque es completamente distinto del que trata de reconstruir una «lengua» que estuviera por debajo del «habla» concreta recogida en el grupo de discusión<sup>49</sup>. Frente al esquema lengua/habla habría que tener en cuenta:

a) Que en el grupo de discusión pueden enfrentarse —abierta o solapadamente— sujetos que producen el sentido a partir de marcos de interpretación distintos —aunque, en la superficie, lleguen a un consenso—. En este sentido, no habría un «discurso del grupo» —o, para ser más exactos, unas veces sí y otras no— que pudiera asimilarse a la «lengua». (Aquí hay que tener en cuenta que la identidad de enunciados puede responder a una diversidad de esquemas de producción.)

b) Que cada sujeto posee —es poseído por— varios marcos de interpretación que responden a diferentes situaciones sociales e interlocutores.

<sup>47</sup> Lo que se apunta aquí es que el concepto de formalidad es un concepto interno a la propia división simbólica de cada grupo: cada grupo realiza su propia división de grados de formalidad y lo aplica a distintos comportamientos.

<sup>48</sup> Hemos desarrollado el tema en Martín Criado (1991).

<sup>49</sup> En la teoría del grupo de discusión desarrollada por Jesús Ibáñez, su teoría de análisis del discurso centrada en el esquema de lengua/habla es solidaria de su concepción psicoanalítica del grupo: tras la devoración simbólica del padre muerto, los hermanos terminan reproduciendo su ley: la lengua.



Dependiendo de la situación, se activarán unos marcos de interpretación u otros<sup>50</sup>.

c) Que los esquemas de producción de sentido están determinados por la posición en el espacio social: por el conjunto de experiencias, situaciones sociales, redes de sociabilidad, etc., que cada posición comporta<sup>51</sup>.

Tener en cuenta estos puntos tiene una consecuencia práctica: es necesario realizar un número mayor de grupos de discusión, para ver la diferencia de esquemas de interpretación en función de la posición en el espacio social y en función de la situación social e interlocutores con los que se es enfrentado.

Esta necesidad de aumentar el número de grupos de discusión a realizar también viene dada por la exigencia, desde esta perspectiva, de analizar el discurso como práctica, como acontecimiento<sup>52</sup>. Foucault (1970) ha señalado el marco teórico fundamental de esta perspectiva: frente a un análisis hermenéutico —búsqueda de un sentido oculto, de un texto verdadero que habla por debajo del texto aparente— interminable e irrefutable —versión moderna de la vieja exégesis—, un análisis que considere los discursos como prácticas toma como pregunta de partida «¿cómo es que ha aparecido este enunciado y ningún otro en su lugar?» (Foucault, 1970: 44). Para ello es necesario determinar las regularidades discursivas y las ausencias significativas. Y, para lograrlo, hace falta analizar el texto dentro de —y en comparación con— un campo de «acontecimientos discursivos»<sup>53</sup>.

<sup>50</sup> Así lo señala Dubet en su investigación con grupos de jóvenes: «*Si se acepta por un momento no reducir el discurso del sujeto a la expresión de los intereses estatutarios o a las secuencias de una cultura interiorizada, se topa con un material cuya interpretación no tiene nada de evidente, ya que los miembros de los grupos disponen de una multitud de registros y no se dejan reducir a ningún nivel de interpretación único. El juego de significaciones es incesantemente reconstruido y reelaborado en función del tipo de relaciones sociales en el que la investigación sitúe a los individuos*» (Dubet, 1987: 428).

<sup>51</sup> Esta concepción, solidaria del concepto de *habitus* de Bourdieu, es muy distinta a todas aquellas que intentan buscar una «ideología» subyacente a todos los discursos. Un ejemplo de esta concepción es el siguiente: «*Buscamos saturar este campo de diferencias para, de ese modo, mejor hallar la unidad discursiva (la unicidad de la ideología, que se expresa bajo la forma de variantes). Partimos pues de las variantes —lo visible— para reconstruir la estructura que las sostiene. Aquéllas sólo cobran sentido en el interior de ésta: expresan posiciones diferentes (...) que convergen estructuralmente, pues cada grupo ha de reproducir un discurso social y, por ende, común*» (Canales y Peinado, 1994: 298). Esta concepción expresa así, en otros términos, la concepción durkheimiana de la «cultura» o las «representaciones colectivas». Desde la concepción del *habitus* lo que habría que reconstruir no es un «discurso» «común», sino los distintos esquemas generativos de las prácticas y los discursos asociados a distintas posiciones sociales y el campo de posiciones en el que estos distintos discursos —racionalidades prácticas— se enfrentan.

<sup>52</sup> Callejo sostiene una perspectiva respecto al discurso muy similar a la aquí expuesta: «*El análisis sociológico del discurso tiene en cuenta el momento y condiciones de su producción —de aquí la importancia de que el analista de los discursos esté presente en el momento de su producción—; pero, sobre todo, la posición social de quienes lo emiten (...) De esta manera, la práctica discursiva se extiende en el conjunto de sus prácticas*» (1994: 184).

<sup>53</sup> En el mismo sentido va la propuesta de Verón (1987) que hemos retomado en Martín Criado (1991). Sin un campo discursivo de comparación, la determinación de las ausencias significativas y de las regularidades discursivas quedaría sujeta a la subjetividad del analista, volviendo así a la exégesis.

## 5.2. *La situación social y la producción de consenso*

Si el discurso varía en función de la situación social en la que los sujetos se hallan, y si cada situación social impone una serie de constricciones sobre el desarrollo del discurso, el análisis debe tener siempre en cuenta estas constricciones del orden de la interacción antes de extraer conclusiones apresuradas de fenómenos discursivos que pueden tener su principal razón de ser en la dinámica de la situación social<sup>54</sup>. En el análisis hay que tener siempre en cuenta las estructuras de lo decible: las constricciones que según los grupos y las situaciones sociales se imponen a los temas a tratar y a la forma de tratarlos<sup>55</sup>.

El consenso, en esta perspectiva, es una exigencia interaccional: en una discusión «educada» hay que ser «tolerante», no obstinarse en las divergencias ni en la imposición del propio punto de vista. Además, es un requisito para salvar la cara: no sólo para no quedar cualificado como intolerante, impertinente, bocazas, sino también para no arriesgarse demasiado en el duelo verbal: para no empeñar toda la imagen en él.

En el análisis, por tanto, no consideraríamos el «consenso» como reencuentro del grupo con la ley tras haber devorado simbólicamente al padre muerto. Porque, además, ¿a qué se le llama consenso?, ¿al silencio de una de las posiciones?, ¿a no querer llegar al enfrentamiento directo en una situación definida como de «diálogo»? ¿a una verdadera identidad de posiciones derivada de la composición del grupo?, ¿a una táctica de los sujetos para cualificarse como «tolerantes» fundando así mutuamente un desconocimiento interesado de las divergencias?, ¿a un «ceder terreno» por las partes en litigio para no verse así amenazadas —en una apuesta demasiado fuerte— por una descalificación global de su posición?, ¿al fantasma del preceptor que encuentra el consenso en las frases finales sin preguntarse por todas las violencias y desconocimientos que han llevado a un lugar común de acuerdo o de triunfo/derrota de una de las partes? Ignorar todas estas cuestiones es situarse en la perspectiva de un

<sup>54</sup> Así, no se le puede dar el mismo peso en el análisis a los enunciados con que se inicia la discusión —jugadas prudentes, tanteos mediante estereotipos generales— que a los que se producen posteriormente —cuando la implicación en la situación es mayor—. Callejo propone, para controlar la variación del discurso en función de la situación, el mismo método que defendemos aquí: la comparación —en este caso, entre «discursos producidos por locutores grupales de diversas reuniones que comparten posiciones en la estructura social» (1994: 557)—.

<sup>55</sup> Así, Dubet (1987) señala en su estudio que en los grupos los jóvenes de la «galera» no hablan de problemas familiares, pero ello no quiere decir que no existan: simplemente forman parte de lo privado y, además, defender a la propia familia es una forma de defensa de la propia identidad. Callejo, por su parte, en su análisis sobre los usos de la televisión, señala cómo el propio tema supone una estructura de lo decible propicia a la investigación: «*La falta de percepción de intereses inmediatos propios por parte de los agentes facilita precisamente el que hablen de sus intereses con respecto a la televisión, hablando de sus relaciones cotidianas con la misma. Desde esta aparente distancia con la implicación propia, la formalidad de la situación experimental queda relajada en favor de una mayor interacción entre los participantes de la reunión*» (1994: 188).

«grupo», es decir, ignorar que se trata de una interacción donde diversos agentes desarrollan estrategias discursivas y donde el «consenso» es una regla interaccional; parafraseando a Wittgenstein<sup>56</sup>, podemos decir que un buen consenso es uno que lo parece: uno que es definido como tal por los participantes en la situación.

## 6. LA VALIDEZ EXTERNA

Para terminar, vamos a tratar un tema que es corrientemente el más criticado contra las técnicas cualitativas: su presunta falta de validez externa, de capacidad de generalización. Frente a la encuesta, que es aplicada a una muestra representativa de la población, el grupo de discusión carecería de esa legitimidad: operando a partir de unos pocos individuos no seleccionados aleatoriamente, sus resultados serían difícilmente generalizables.

Jesús Ibáñez recurre esta acusación desde argumentos que integran la teoría lacaniana de lo simbólico y la althusseriana de la ideología, basándose en el esquema de lengua/habla. En síntesis, su argumento sería: la ideología es la lengua y cualquiera puede hablarla, aunque haya diferencia de competencias —unos mejor y otros peor<sup>57</sup>—. La dinámica del grupo de discusión reproduciría la escena del grupo primigenio: los hermanos matan al padre (representado por el preceptor), lo devoran —en el grupo, simbólicamente, mediante el discurso— y luego restauran la ley del padre muerto, ley que es identificada con la ideología —en el esquema de Althusser— y con la lengua —en el esquema de Saussure—. En la perspectiva que hemos defendido aquí, los argumentos para defender la validez externa del grupo de discusión serían distintos.

La validez externa de esta técnica la fundamentamos a dos niveles: por un lado, la captación y la dinámica interaccional conforman el grupo de discusión como un dispositivo de homogeneización; por otro, el tipo de diseño y de análisis de discurso nos van a dar las condiciones de generalización del análisis.

<sup>56</sup> «Una buena razón es una que lo parece» (Wittgenstein, 1988: 487).

<sup>57</sup> Así, afirma que en el grupo de discusión es relativamente indiferente la probabilidad de selección de cada unidad, «pues la lengua es común, en última instancia cualquiera puede hablar de cualquier cosa; pero como la competencia lingüística de los diferentes individuos y grupos es variable, los discursos serán diferentes (aunque traducibles unos a otros en el espacio común de la lengua). La selección de los actuantes pertinentes es un problema de enfoque: cuanto más enfocada está la selección, más definida será la información que obtengamos, pero aun una selección muy desenfocada proporciona alguna información» (Ibáñez, 1979: 265).

## 6.1. *El grupo de discusión como dispositivo de homogeneización*

Por las propiedades mismas del dispositivo de captación, unas personas van a tener más probabilidades que otras de ir a un grupo de discusión. Por las propiedades situacionales de censura estructural, unos discursos van a tener más probabilidades que otros de aparecer en un grupo de discusión.

### 6.1.1. *La captación.*

Las personas que, dentro de un grupo, tengan más *status* y mejor concepto de su valor personal —de su competencia social— tendrán más posibilidades de ir a un grupo de discusión.

En primer lugar, porque aceptar ir a un grupo de discusión determinado es atribuirse la competencia comunicativa y social necesarias para ser del tipo de personas que tiene algo que decir en esa situación. Y, como este valor autoatribuido es función del valor concedido por el grupo, podemos decir que cuanto mejor considerada esté dentro de un grupo una persona —cuanto más capital simbólico tenga dentro de su grupo—, más probabilidades tiene de participar en un grupo de discusión.

En segundo lugar, porque la captación se realiza a través de las redes sociales de conocidos, amigos, etc. Y, como las personas que tienen mayor *status* y prestigio dentro de un grupo son al mismo tiempo las que tienen una mayor densidad relacional<sup>58</sup>, estas personas —por su mayor número de contactos— tendrán más probabilidades de participar en un grupo de discusión.

Y, como estas características —mayor competencia social y comunicativa, sentido de un mayor valor social, mayor *status* dentro del grupo— van unidas a una mayor conformidad a los valores del grupo —el grupo valora a los que representan, practican y encarnan los valores del grupo—, podemos decir que ya la captación es una operación que actúa en el sentido de una homogeneización: tendrán más probabilidades de ir los individuos que se conformen más a la normalidad normativa de su grupo de pertenencia.

### 6.1.2. *Situación social y censura estructural.*

La propia dinámica interaccional de la situación también funciona como dispositivo de homogeneización de los discursos producidos. En función de la composición del grupo, se establecerá una censura estructural sobre los productos lingüísticos: unos recibirán unos valores positivos y otros negativos en este mercado de la interacción. En consecuencia, tendrán más probabilidades

<sup>58</sup> «La posición de cualquier persona en la red —por ejemplo, el conjunto de relaciones en que esta implicada— es una indicación del status de esa persona en la unidad» (Gumperz, 1982: 41).

de aparecer aquellos discursos que gocen de mayor legitimidad en el grupo representado en la situación: aquellos que representen más claramente lo que es para este grupo el orden de la normalidad<sup>59</sup>. El discurso desviante será silenciado o reinterpretado de acuerdo a los esquemas interpretativos del grupo dominante en la situación<sup>60</sup> —«tú lo que quieres decir es...»—.

En conclusión, el grupo de discusión funciona como un dispositivo de homogeneización: tanto la captación como la censura estructural de la situación suponen una dinámica de exclusión de los discursos desviantes y menos legítimos dentro del grupo analizado.

## 6.2. *Diseño de la investigación y análisis de discurso*

Ya hemos señalado el tipo de análisis de discurso que proponemos aquí: búsqueda de los esquemas de interpretación a partir de los cuales los sujetos dan sentido a un ámbito de la experiencia. Estos esquemas son compartidos por todo el grupo social al que pertenece el individuo: son la condición para poder llegar a un acuerdo sobre el sentido de las experiencias y las interacciones y para poder ser considerados miembros normales del grupo. Estos esquemas interpretativos forman parte, a la vez, de su competencia comunicativa y de su competencia social —marcan la pertenencia al grupo—. Estos esquemas interpretativos —esquemas del *habitus*— son siempre sociales o grupales antes que individuales: se hallan asociados a distintas condiciones sociales y materiales de existencia.

En este punto, la validez externa del grupo de discusión se reformula de la siguiente manera: ¿hasta dónde llegan los límites del grupo que comparte estos esquemas interpretativos? Es aquí donde el diseño de los grupos a realizar se revela como la herramienta más importante, no sólo para poder llegar a los esquemas interpretativos —permitiendo la comparación entre discursos producidos en situaciones y/o por grupos diferentes—, sino también para plantear las condiciones de generalización —los límites del grupo— de los esquemas interpretativos que el análisis ha sacado a la luz. Variando sistemáticamente las

<sup>59</sup> Este silenciamiento y reinterpretación del miembro desviante difiere según la posición de este miembro con respecto al resto del grupo. Si proviene de una posición inferior —y, por tanto, con un discurso menos legítimo— tenderá a callarse o a ocultar su diferencia bajo las generalidades que permiten la ilusión de consenso. Si, por el contrario, proviene de posiciones superiores y se siente más legítimo que el resto del grupo, tenderá a afirmar su diferencia y su discrepancia, convirtiendo este diferendo en el eje motor de la dinámica del grupo.

<sup>60</sup> Aunque hay que tener en cuenta que el nivel de legitimidad a que se sitúen los discursos va a depender del nivel de formalidad de definición de la situación. En general, cuanto más formal sea la situación, más se aproximará el discurso a lo que el grupo percibe como lo más legítimo en la sociedad global —aunque siempre cabe la postura perversa: ante la situación de poder, producir el discurso opuesto al legítimo—. Cuanto más informal sea la situación, mayor libertad tendrán los participantes en imponer una determinada forma de censura estructural: la legitimidad será la del grupo de pertenencia.

condiciones de producción del discurso (Verón, 1987) —la posición social o ideológica de los grupos, situándole frente a diferentes interlocutores, etc.<sup>61</sup>—, podremos relacionar ciertos esquemas interpretativos con ciertas condiciones de producción, con ciertos grupos, sentando así los límites de generalización del análisis<sup>62</sup>.

---

<sup>61</sup> Evidentemente, las condiciones de producción del discurso a tener en cuenta en el diseño de la investigación variarán en función del marco teórico e intereses prácticos del investigador.

<sup>62</sup> La relación de los esquemas interpretativos con sus condiciones sociales de producción —las características de la posición social (en sentido amplio) que se consideren pertinentes en el fenómeno estudiado— es lo que constituye la *explicación propiamente sociológica* del discurso. Sólo en la medida en que podamos remitir las prácticas significativas al conjunto de relaciones sociales que las engendran podemos hablar de análisis sociológico de discurso. Ortí (1986) y Alonso (1996) apuntan en la misma dirección, advirtiendo contra el peligro de *pansemilogismo*, perspectiva que consistiría en observar «cada proceso social como un proceso únicamente comunicativo y significativo en cuanto que funciona como signo lingüístico más o menos perfecto, de esta forma el signo crearía la relación social, y no al contrario» (Alonso, 1988: 166-167). De todas maneras, en esta defensa de una posibilidad de «explicación» sociológica de los discursos nos alejamos de posiciones como la defendida por Ortí al inicio del artículo citado. Partiendo de la distinción weberiana entre «comprender» y «explicar», postula que los «hechos sociales» se pueden explicar, mientras que los discursos se pueden «interpretar». Esta posición parte de una distinción radical entre «hechos» y «discursos»: éstos no serían prácticas, sino «*expresión manifiesta de los deseos, creencias, valores y fines del sujeto hablante (...) exigen fundamentalmente ser comprendidos e interpretados*» (1986: 162). En nuestra posición los discursos también son hechos, prácticas, y se pueden explicar con la misma fuerza —o debilidad— que el resto de las prácticas de los agentes sociales: los agentes de las prácticas están producidos socialmente y producen sus prácticas —discursivas y extradiscursivas— a partir de esquemas que son la incorporación práctica (en un *habitus*) de las condiciones sociales de existencia a partir de las cuales son producidos. Esta posición, de todas maneras, también es defendida por Ortí cuando, cambiando de *marco* al final del artículo —generando su discurso ahora a partir de un marco más marxista—, habla de los discursos como prácticas y afirma que el análisis sociológico del discurso ha de referir el sujeto «*a los procesos y conflictos sociales reales de la situación histórica que lo engendra y configura*» (*op. cit.*, p. 160).

## BIBLIOGRAFIA

- ALONSO, L. E. (1988): «Entre el pragmatismo y el pansemilogismo. Notas sobre los usos (y abusos) del enfoque cualitativo en sociología», *REIS*, núm. 43, pp. 157-173.
- (1996): «El grupo de discusión en su práctica: memoria social, intertextualidad y acción comunicativa», *Revista Internacional de Sociología*, núm. 13, enero-abril, pp. 5-36.
- BAJTIN, M. (1976): *El signo ideológico y la filosofía del lenguaje*, Buenos Aires, Nueva Visión (publicado bajo el nombre de V. N. Voloshinov).
- BERNSTEIN, B. (1988): *Clases, códigos y control. I. Estudios teóricos para una sociología del lenguaje*, Madrid, Akal.
- (1989): *Clases, códigos y control. II. Hacia una teoría de las transmisiones educativas*, Madrid, Akal.
- BLOM, J.-P., y GUMPERZ, J. J. (1986): «Social Meaning in Linguistic Structures: Code-Switching in Norway», en J. J. Gumperz y D. Hymes (eds.), *Directions in Sociolinguistics*, Basil Blackwell, Oxford (2.ª ed.), pp. 407-434.
- BOLTANSKI, L. (1990): *L'Amour et la Justice comme compétences. Trois essais de sociologie de l'action*, París, Métailié.
- BOURDIEU, P. (1980): *Le Sens Pratique*, París, Minuit (trad. española, Madrid, Taurus, 1992).
- (1985): *¿Qué significa hablar? Economía de los intercambios lingüísticos*, Madrid, Akal.
- (1988): *La distinción. Criterios y bases sociales del gusto*, Madrid, Taurus.
- CALLEJO, J. (1994): *Los usos televisivos desde la perspectiva cualitativa*, Tesis Doctoral, Madrid, UNED.
- CANALES, M., y PEINADO, A. (1994): «Grupos de discusión», en J. M. Delgado y J. Gutiérrez (coords.), *Métodos y técnicas cualitativas de investigación en ciencias sociales*, Madrid, Síntesis, pp. 287-316.
- CASTEL, R. (1973): *Le psychanalisme. L'ordre psychanalytique et le pouvoir*, París, Maspéro.
- (1980): *El orden psiquiátrico. La edad de oro del alienismo*, Madrid, Las Ediciones de La Piqueta.
- CICOUREL, A. V. (1974): *Cognitive Sociology. Language and Meaning in Social Interaction*, Nueva York, The Free Press.
- COMBESSIE, J. C. (1989): *Au sud de Despeñaperros: pour une économie politique du travail*, París, Ed. de la Maison de sciences de l'homme.
- DE SOLA POOL, I., y KOCHEN, M. (1978): «Contacts and Influence», *Social Networks*, núm. 1, pp. 5-52.
- DUBET, F. (1987): *La galère: jeunes en survie*, París, Fayard.
- FOUCAULT, M. (1970): *La arqueología del saber*, México, Siglo XXI.
- (1978): *Historia de la sexualidad. I. La voluntad de saber*, Madrid, Siglo XXI de España.
- GOFFMAN, E. (1963): *Behavior in Public Places*, Nueva York, The Free Press of Glencoe.
- (1973): *Internados*, Buenos Aires, Amorrortu Editores.
- (1974): *Frame Analysis. An Essay on the Organization of Experience*, Nueva York, Harper & Row (reed. Boston, Northeastern University Press, 1986).
- (1979): *Relaciones en público. Microestudios del orden público*, Madrid, Alianza Editorial.
- (1981): *Forms of Talk*, Philadelphia, Univ. of Pennsylvania Press.
- GARFINKEL, H. (1967): *Studies in Ethnomethodology*, Prentice-Hall (reed. en Cambridge, Polity Press, 1984).
- GUMPERZ, J. J. (1982): *Discourse strategies*, Cambridge, Cambridge University Press.
- GUMPERZ, J. J., y HYMES, D. (1986): *Directions in Sociolinguistics. The Ethnography of Communication*, Oxford, Basil Blackwell.
- HYMES, D.: «Models of the interaction of language and social life», en J. J. Gumperz y D. Hymes, *op. cit.*, pp. 35-71.
- IBÁÑEZ, J. (1979): *Más allá de la sociología. El grupo de discusión: Técnica y crítica*, Madrid, Siglo XXI de España (2.ª ed. corregida, 1986).
- KÄES, R. (1977): *El aparato psíquico grupal*, Barcelona, Granica.

- MARTÍN CRIADO, E. (1991): «Del sentido como producción: elementos para un análisis sociológico del discurso», en M. Latiesa (ed.), *El pluralismo metodológico en la investigación social: Ensayos típicos*, Servicio de Publicaciones de la Universidad de Granada.
- OGIEN, A. (1989): «La décomposition du sujet», en AA.VV., *Le parler frais d'Erving Goffman*, París, Minuit, pp. 100-109.
- ORTÍ, A. (1986): «La apertura y el enfoque cualitativo o estructural: la entrevista abierta semidirectiva y la discusión de grupo», en M. García Ferrando, J. Ibáñez y F. Alvira (comps.), *El análisis de la realidad social. Métodos y técnicas de investigación social*, Madrid, Alianza, pp. 153-185.
- SCHEGLOFF, E. A.: «Sequencing in conversational openings», en J. J. Gumperz y D. Hymes, *op. cit.*, pp. 346-380.
- VALLES, M. S. (1997): *Técnicas cualitativas de investigación social*, Madrid, Síntesis.
- VERÓN, E. (1987): *La semiosis social. Fragmentos de una teoría de la discursividad*, Buenos Aires, Gedisa.
- WITTGENSTEIN, L. (1988): *Investigaciones filosóficas*, Barcelona, Crítica.

### ABSTRACT

This paper lays the methodological foundations of the discussion group which replaces the psychoanalytical focus —which entails a timeless «group» essence— by one that treats the production of discourse as an act whereby actors with meaning production patterns —acquired in their social trajectory and incorporated through unconscious familiarisation— are brought into relation with a series of «social situations» whereby a series of rules and constrictions regarding what can be said are introduced. Use of this technique must therefore take stock of the structure of the «international public order» of the social environment in which research is conducted.